



El dibujante de excepcionales facultades que fué Opisso da muestra de su talento en estos dibujos a lápiz de Pablo Ruiz Picasso, Santiago Rusiñol y Ramón Casas. En el otro dibujo, Pere Romeu, dueño de «Els Quatre Gats».

LA INQUIETA BARCELONA ARTISTICA DE PRINCIPIOS DE SIGLO Y LOS DIBUJOS DE RICARDO OPISSO

El dibujante Ricardo Opisso murió en Barcelona este último verano. Había cumplido los ochenta y seis años y su firma era muy conocida como ilustrador de revistas fáciles, de "TBO" y similares, en donde narraba con sus líneas escenas callejeras y tipos locales. Si no hubiera sido porque Opisso hizo algo más que esto, ni merecería ocuparse de él. Pero resulta que lo hizo y muy bien en sus principios. Todo lo cual demuestra una vez más que en arte es mal negocio refugiarse en la facilidad. Esa facilidad fué la que malogró a Opisso.

Cuando se habla de un artista malogrado se sobreentiende que se trata, por lo general, de un joven desaparecido en inmadura edad, que por razón de su prematura muerte no pudo cuajar el fruto que de él se esperaba. Pero también puede ocurrir que el artista muera a los ochenta y seis años y sea malogrado. Este es el caso de Ricardo Opisso, dibujante con cualidades excepcionales, contemporáneo y amigo de Ramón Casas, de Santiago Rusiñol, de Isidro Nonell, de Manolo Hugué, de Joaquín Mir, de Anglada Camarasa, de Vallmitjana, de Pablo Picasso... Amigo íntimo también de Toulouse-Lautrec, en París, y de tantos otros famosos que fueron y que son.

Opisso dibujaba con la misma maestría que cualquiera de los mencionados, mejor que algunos de ellos; tuvo los mismos comienzos difíciles y bohemios; tenía inquietud y talento, pero nunca alcanzó la categoría artística que no era aventurado esperar de sus cualidades. Para sobrevivir tuvo que refugiarse en obras menores de fácil amaneramiento chistoso, en las que sus grandes condiciones de dibujante quedaban ocultas tras lo facilón y externo. Por eso decimos que Opisso fué un malogrado, logrado mal, cuando sus naturales aptitudes parecían predestinarle a lograrlo bien, como otros tantos de sus amigos y contertulios de "Els Quatre Gats", el café y centro artístico de la inquieta Barcelona de principios de siglo, que tanto supuso para el arte contemporáneo.



En la galería "Eduro", de Madrid, se está celebrando ahora una exposición de dibujos de Ricardo Opisso. Es el primer homenaje que se le hace en España después de su muerte, y ya era hora de que se hiciera algo para destacar como merece sus indudables condiciones de gran dibujante. Dibujante de categoría por lo menos en parte de su obra, la menos conocida, la más directa y espontánea, la que realizaba en seguro y rapidísimo trazo de apunte sin borrar ni rectificar nada; su obra más personal y al mismo tiempo la más acorde con las problemáticas estéticas de su tiempo. Su obra, que no tenía la urgente necesidad vital de ser graciosa, como lo fué su obra posterior y más conocida. "Graciosa" con gracia facilona de almanaque o de "comic", como dicen los anglosajones, en donde la caricatura ni siquiera llegaba a tal y la observación directa y recreada de la realidad callejera quedaba reducida a lo más vanal y tópico. A Opisso le sucedió con la calle barcelonesa lo que a Cilla y a Sancha con la madrileña. Tres grandes dibujantes que por esos imponderables del destino se conformaron con lo menos, con lo que no les costaba dificultad y aseguraba el pobre pan de cada día a expensas del sustancioso pan de la categoría artística, que al final siempre resulta que es más productivo, aunque más difícil de llegar a él. Ninguno de los dibujantes de la calle mencionados logró trascender la realidad que reflejaban con sus crónicas dibujadas, en unos tiempos en que la calle aún estaba plena de sosegado gracejo. Aunque en honor a la verdad hay que reconocer que Sancha tuvo en muchas ocasiones un hálito de conmovedora poesía que no alcanzaron los otros dos.

El Opisso más conocido es el Opisso menor, el de las escenas multitudinarias llenas de toda clase de farragosos detalles, el de la caricaturesca noticia dibujada y publicada en diarios y revistas. Pero al lado, o mejor dicho antes que éste, existía el otro Opisso que dibujaba con la misma calidad de un Casas o un Picasso. Este último Opisso, que cronológicamente es el primero, nos es mostrado ahora en este oportuno homenaje de admiración y respeto. Todos estos dibujos, inéditos, que se exponen por primera vez, proceden de las abultadas carpetas que Opisso iba amontonando en su taller casero. Taller típicamente bohemio, lleno de desorden, en el cual el dibujante escribía sobre las paredes las incidencias más resaltables del día, con gruesos comentarios que después tenía que borrar la esposa para que no quedase constancia escrita con tan rotundos epítetos. Por una rara paradoja, los mejores dibujos de Opisso no han visto la luz pública hasta ahora, constituyendo una sorpresa muy grata para todos y, sobre todo, para los que creíamos que Opisso sólo era un artista menor, con facilidad y desparpajo, pero menor, pues como muy bien ha escrito Tomás Salvador: "Opisso gastó su talento dibujando la historia gráfica de su tiempo. Opisso fué un fotógrafo ambulante. En consecuencia, Opisso fué dejando en los periódicos, las revistas y las páginas de los libros la calderilla de su talento. Por lo que sabemos y conocemos, no le duele; Opisso, aun en los tiempos de su iconoclastia, de sus barrabasadas bohemias, sus colaboraciones picantes, sus sátiras políticas, nunca estuvo resentido, nunca dibujó con odio. Opisso era un niño grande. Pudo ser desgarrado, pero nunca cruel; atrevido, pero no obsceno; satírico, pero sin rebaba" (1).

Ante los preciosos dibujos que ahora nos han sido mostrados es cuando más lamentamos que tan gran dibujante no tuviese la oportunidad o la valentía de realizar su obra según sus comienzos, que tan buena fortuna parecía augurarle. De cómo sería de perfecto su trazo es buen dato el que el propio Gaudí lo tuvo trabajando con él como delineante del templo de la Sagrada Familia, durante varios años. Opisso no se limitó a dibujar en aquella ocasión, sino que, además, escribió en varias ocasiones sobre el tema: "Gaudí, genial maestro de la forja", prueba del respeto y

la estima que la personalidad del arquitecto dejaron en el dibujante.

No hace muchos años que ocurrió algo que viene a abundar en cuanto decimos. Fué en Barcelona y en una de sus galerías de arte más conocidas. Un día apareció en el mercado artístico un dibujo de principios de siglo que, aunque sin firma, denotaba una fuerte personalidad y un conocimiento nada común de aquellos fecundos años barceloneses. El dibujo fué atribuido por unos a Nonell; por otros expertos, al joven Picasso. Se reclamó la presencia de Opisso como amigo y contertulio de ambos en los años de "Els Quatre Gats" para que él pudiera deshacer el enigma. Cuando Ricardo Opisso vió el dibujo lo reconoció inmediatamente: "Ni es de Picasso, ni es de Nonell; este dibujo lo hice yo hace muchos años." Y la afirmación era cierta.

Opisso nació en Tarragona en 1880 y fué autodidacta en su formación artística. Trasladado a Barcelona, pronto entró en relación con los artistas más famosos y avanzados de su tiempo, en los que ejercían un magisterio indudable Ramón Casas y Santiago Rusiñol. Eran los años en que Barcelona contaba con medio millón de habitantes y comenzaba su industrialización al mismo tiempo que una efervescencia creadora que se traducía en múltiples aspectos, desde el renacimiento de la lengua catalana hasta la apertura de "Els Quatre Gats". El 12 de junio de 1897 se abrió al público este establecimiento, que era al mismo tiempo café-restaurant y cabaret; en los folletos que se anunciaba el acontecimiento se hacía hincapié de que el local estaba dedicado: "A las personas de buen gusto, a los ciudadanos entre río y río, a los que, junto al alimento de su cuerpo, necesitan también alimentar su espíritu." Recientemente se ha publicado un libro que recoge con todo detalle fotográfico y literario las actividades de este famoso café y que recomendamos para todos los interesados en este período artístico e histórico que hasta ahora había sido poco estudiado (2).

A "Els Quatre Gats" fué a parar Ricardo Opisso casi al mismo tiempo de un joven de ojos abiertos y siempre asombrados que acababa de llegar de Málaga: Pablo Ruiz Picasso. Sólo unos meses mayor que Picasso, Opisso se sintió pronto fuertemente atraído por la personalidad del malagueño. Más bien puede decirse que lo que sentía por él era obsesión, como presintiendo lo que después habría de llegar a ser en el mundo del arte. Opisso retrató a los más asiduos artistas contertulios de "Los cuatro gatos" y, cosa rara, no le atraen tanto las venerables barbas de santones de Casas y de Rusiñol como el barbilampino Picasso de entonces. Hay apuntes de Opisso en los que aparecen los tres pintores citados y es en Picasso, perfectamente desconocido entonces, en el que el lápiz de Opisso se detiene consignando todos sus rasgos y detalles. Picasso tendría entonces quince o dieciséis años; Opisso, uno más. Eran seguramente los más jóvenes de aquella increíble concentración de interesantes artistas que se produjo en esos años de finales de un siglo y comienzos del otro, todos los cuales tenían el café abierto en la calle de Montesión por Pere Romeu, el de los chalecos inefables, como su propia casa.

"Els Quatre Gats" había sido decorado por el arquitecto Puig y Cadafalch con una mezcla de neogótico y renacimiento español: vigas falsas en el techo, paredes repletas de platos, de azulejos, de cuadros, de bibelots, de dibujos, en la más completa y disparejada arbitrariedad. Miguel Utrillo y Ramón Casas eran los consejeros y colaboradores del dueño, el uno en las cuestiones literarias y el otro en las artísticas, y en el local existía una sala dedicada a representación de teatro de marionetas, que pronto fué sustituida para albergar en ella a exposiciones pictóricas y escultóricas. En la primera exposición que allí se realizó figuraron: Casas, Rusiñol, Utrillo, Bonin, Nonell, Canals, Mir y Pitxot. Picasso

(1) Tomás Salvador: *Album Opisso*. Ediciones Marte. Barcelona, 1965.

(2) José Paláu Fabre: *Picasso en Cataluña*. Ediciones "Polígrafa, S. A.". Barcelona, 1966.

no figuraba, pero hizo, sin embargo, un cartel de decante regusto modernista, anunciando el café.

Las actividades del inquieto café se ampliaron en 1899 con la aparición de la revista 4 GATS, que pronto desapareció para ser sustituida por otra titulada PEL Y PLOMA, dibujada por Casas y redactada por Miguel Utrillo. Además de todos los artistas mencionados, a este local concurrían también Sunyer, Eugenio D'Ors, José María de Sucre, Sebastián Junyet, Manolo Hugué, el escultor que tan amigo habría de ser de Picasso; Torres García, etc. Otra exposición famosa de aquellos años fué la que hizo Regoyos.

La primera que hizo Picasso en el local fué en el año 1900, y en ella expuso los retratos de los más asiduos contertulios: Joaquín Mir, Pujolá y Valles, Carlos Casagemas, Ricardo Opisso, Jaime Sabartes, Santiago Rusiñol, Pere Roméu (que retrató de espaldas y con el sombrero puesto), Vallmitjana, Ramón Pitxot, Soler, Ramón Casas, Anglada Camarasa, Maestro Morera, José María Folch, J. Vallhonrat, J. Vidal Ventosa, Cinto Raventós, dos retratos del sastre Soler—uno de medio cuerpo y otro de cuerpo entero—, Roquerol, Mateo F. de Soto, Angel F. de Soto, Juan B. Fonte, y el propio Picasso. Tal vez algunos se pregunten qué hacía el retrato de un sastre entre tantos artistas e intelectuales y que, además, el sastre, al que apodaban "Retallet", estuviera destacado por partida doble. La contestación es sencilla—al saber que dicho sastre cosía a casi todos aquellos artistas a cambio de dibujos y de cuadros que éstos intercambiaban por las prendas de vestir. El sastre ejercitaba una obra de caridad y al mismo tiempo se iba haciendo con una colección artística importante, lo cual es un atractivo muy convincente para vestir al desnudo.

De esta primera exposición picassiana apareció una crítica en LA VANGUARDIA en la que todas las veces que nombra al pintor lo llama "Ruiz Picazzo", y al que califica: "Un joven, casi un niño, Ruiz Picazzo ha organizado una exposición de dibujos y notas de color. En todas las obras expuestas hace alarde de una facilidad extraordinaria en el manejo del lápiz y el pincel..."

Opisso también retrató a casi los mismos personajes que Picasso, pero nunca hizo exposición en 4 GATS, tal vez porque lo que él hacía, más que verdaderos retratos, eran bocetos y apuntes que luego nunca pasó a tamaño definitivo y quedaron revueltos entre otros tantísimos papelotes de donde ahora han salido. Sólo un año mayor que Picasso, habiendo alcanzado a remontar los ochenta y cinco años, con apellidos de terminación paralela, amigos y trabajadores incansables los dos. Pero del sso de Picasso, en la plenitud de una gloria universal al cumplir su ochenta y cinco aniversario, al sso de Opisso fallecido al poco de cumplir esos ochenta y cinco años en localísima popularidad, media la diferencia que va del fruto cuajado en sazón al que se quedó sin lograr. Son misteriosas razones del destino que nunca se acaban de comprender, pero que al menos merecen ser puestas de manifiesto.

Es muy de agradecer que esta obra de Opisso, capaz de ser atribuída a Picasso, se nos haya mostrado. Con ello se le ha hecho un gran servicio al nombre del dibujante, a su renombre, y nos ha traído la emoción directa de una época barcelonesa tan fecunda para la historia de la ciudad y para la del arte de todos los tiempos.



Gaudí tuvo a Opisso como delineante durante varios años en las obras de la Sagrada Familia. De esta época son estos dos dibujos, en que aparece el gran arquitecto con don Eusebio Güell, en uno, y con un cochero en el otro.

